

TATA SIMON EN SU CERRO SOMBRIO

El autobús llegaba resoplando. Al arrimarse al ribazo de la carretera parecía una de esas viejas asmáticas de pesadas ubres que se bambolean. No pudo parar y nos pasó unos metros. Enseñaba unas posaderas de amarillo sucio, amarradas—y bien amarradas—por las parrillas de sus escaleras laterales. Las letras se leían góticas y agresivas: La Zunileca Stop on Signal. Las cosas empezaban a estar claras. ¿Hay plazas libres? Sí, en la primera fila. El camión por dentro no mejoraba: guta-percha rajada, alambres que arañaban las piernas y los brazos, espaldares escorados. En la primera fila, sí; en la primera fila, sin asientos y un pasillito central. Los indios saben muy bien las cosas. Uno, con su faldellín, sus botas sin calcetines, su negro sombrero somnoliento, dejó el canto de un duro para el recién llegado; por el lado de babor, una india con aire de monja protestante se apretujó a su acólita. Rendgándose mal que bien, los intrusos cerraron el callejón. Ya no cabía ni un alfiler, y la salida se anunciaba por la boca. Mientras se retrechaba el dialectólogo, sus ojos leían máximas de adecuadas pertenencias: Your Children's Safety is our Business (lo que pone las cosas muy en su punto) o El soltero es un animal incompleto, mientras que el casado es un animal completo (el que lo escribió se sentó a descansar). El autobús debió ser un camión escolar en sus buenos tiempos de país higiénico; evocando un pasado esplendor, aquella calcomanía tan culta: II Vuelta Ciclista a Quetzaltenango, Guatemala, C. A. (C. A. es Centro América, por si las moscas. También—por mor de las pérdidas—lo ponen en las chapas de los autos). Entraban sol y polvo por los cristales rajados, alimentaba el olor de humanidad y era como si se comiera ropa vieja (con perdón) o carne sudada (mejorando lo presente). Ahora el cobrador saltaba por el artilugio del cierre y el chófer juntaba dos cables, hacía brotar la chispa y el motor, recién cebado, iniciaba una alocada zarabanda.

Detrás del dialectólogo llegaban unos murmullos hipados en lengua quiché y, más cerca, un profesor de emperejilado desacato dejaba oír unos tonos de aberrante didascalía. Tenía ojos azules y corbata agresi-

vamente rameada; tenía manos damiselas con remilgos y una máquina de escribir sobre las piernas; tenía voz de picaraza. Había escrito un tratado de lógica. (Pasábamos un pueblo. El aburrido vendaval derribó la carpa del circo, y elefante escuálido—cerdas chamuscadas, trompa indiferente—paseaba rodeado de crios aldeanos.) Uno que nunca supo nada de lógica, ni de paquidermos, ni de quiché, pensaba que en los buenos caminos se habían encontrado topónimos de alto porte y difícil pronunciar. Con silogismos y elefantes ennegrecidos, una sarta de desocupados halló la piedra filosofal; en Totonicapán, entre Quetzal y Chichí como para abreviar dicen por estos pagos (y, en la pared, la salvación por la nueva cultura que alborea entre necesidades satisfechas y anhelos ya redimidos: *zunil pepsi vive un día pepsi*). Pero, a lo que íbamos, el dialectólogo quería ambientarse. Entre brinco y brinco acertó a ver Romanos, II, 9. Era la lectura de la monja. Al llegar a casa buscó la Epístola y encontró esta cita:

Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil; pues en Dios no hay acepción de personas.

La india-lectora-monja-sabihonda-presbiteriana, silenciosa, intentó apearse. Las nalgas—agradecidas que estaban—no se podían despegar. El suave contoneo hacía creer ahora—perdón, otra vez—en melindrosos rigodones. Debió ser la herencia de Rubén, que nació por ahí cerca. Con amor de redención o, vaya V. a saber, con rencores de miope, la hoja quedó marcada con un profundo doblez. Al respirar—apretujados que estaban nuestros sedosos pulmones—los ojos leían Templo Evangélico Emmanuel, Instituto Bíblico Iglesia de Dios, Clínica de Psicología y Ginecología, Clínica de Hipnosis, Salón de Sociedad de Esfuerzo Cristiano de Adultos Iglesia Evangélica Bethel. Y así, sin resollar, y a punto de desfallecer, el dialectólogo recibe la luz. Esto, justamente esto, es lo que aquí hace falta. Sí, y también, aquella mujer enloquecida que pisotea la marimba, según fina labor de escultor italiano. ¿Cómo es posible no haberlo descubierto antes? Lo dijo el personaje de Casona: un dialecto de religión y, de nuestra minerva, como cuadra, Clínica de Hipnosis es lo que estas gentes necesitan. ¿Por qué si no? La nueva guerra espiritual, con Viejo y Nuevo Testamento, con anatemas, con batallas presentidas, ha estallado en los escaparates de Zunil, y los indios sin enterarse: corriendo, siempre corriendo para no ir a ninguna parte; riéndose, siempre riéndose para no decir nada; despiojándose al sol, siempre despiojándose al sol sin saber que las liendres se les mueren de hambre.

Ya estamos. El dialectólogo se da un golpe al bajar. Vuelve la cabeza y el letrero previsible: Cuidé al subir. La memoria del hombre es falaz y, sin embargo, recuerda aquel bistrot de Montmartre (buen nombre por estos andurriales). Entraban y salían gentes: unos riendo otros refunfuñando; todos la mano en la frente, con perdón. La cautela se imponía: entrar despacio, esquivar la viga que—casualidad—estaba a la altura—con perdón—de la frente, agachar la cerviz, mirar y descubrir una verdad como un apotegma clásico: les cocus doivent baisser la tête. El sofoco era—aboritita ya—por el calor y, sin embargo, había que ver muchas cosas sin aquellos paraguas de aldeano gallego que traían las indias. Oiga, por dónde se va a San Simón. Pues allá arribita, digo. Había que desandar guijarros, hilillos de sumidero, humo con relente pegado a las paredes. Humanidad de llamas amatadas se respira siempre en estos pueblos. El vendedor de helados que, a pesar de no ser catalán, era muy fino, no nos pudo colocar su freza de mosca—eso sí—en hibernación. En la iglesia había un frescor de tumba recién abierta. Era hermosa y blanca, alada y volandera, con santos humanos (sí, eran santos) y retablos de oro. Artesones y trabas recordaban—tan lejos—las iglesias alpujarreñas. Menos íntima y más solemne, pero con ponderados equilibrios.

Sobre una pared enjalbegada cinco muchachitas eran cinco chupaflores aleteantes. Dientes blanquísimos rasgaban el tostado de la piel. Sobre la cabeza, trapos de mil colorines; en los hombros, rojos y violetas tenían dignidad de púrpura; las faldas, de mil rayas hirientes entreveradas de plata y oro, apuntaban unos pies desnudos. De pronto la nidada rompió el vuelo y quedaron, plumas caedizas, los colorines desazonando los ojos.

Arriba, en la carretera que nos había traído estaban varios cuchitriles en tres planos. Una cerca de tablas hincadas servía de testimonio. Y un desfilar de gentes. Hormigueaban indias de trajes gayos y espesos y mirada de vidrio, indias de vientres abultados, y pellejos que apenas si escapaban por la abertura del pecho; mulatas cachondas, con los hombros al aire y el retintín en los ojos. En la parte alta del palenque, dos chimanes leían oraciones, mientras mujerucas del pueblo avivaban una hoguera rodeada de virutas. Bolas de copal llegaban al fuego y ardían, rojas, con elotes tiernos, con yerbas estiradas, con las flores amarillas del árbol que languidecía a la entrada. El humo decía muchas cosas en lenguas incomprensibles; entonces las mujerucas—primero una, después la otra—pasaban sus piernas dobladas sobre el rescoldo. La mulata cachonda se enervaba y nos decía hacen un trabajo muy bueno. Salmodias en quiché, en cakchiquel, en mam, en ixil. Olor de adormideras, calores

de modorra y sudores picantes de sobacos desnudos o aceitosos, de carnes maceradas.

Junto al chambado de las fogatas, el jacalillo de las bebidas y los recuerdos, que todo es necesario a las veces. Refrescos o chicharrones, mazorcas o velas, estampas milagrosas o chicle de burbujas restallantes. Gentes de la costa con hablares cantarines y ladinos de sonoros y arcaizantes ecos. Las gentes bajan al tercer plano del palenque. Hacen su petición y suben a un pequeño rectángulo de bloques a las vistas con cubierta de chapa. Es la casa de Tata Simón. Los ojos no se hacen a la oscuridad: la hendrija de la puerta y un ventanuco enrejado. Todo sombrío, sofocante y espeso. De pronto, el sobresalto. Una silla de barbero, de dentista o de lisiado sostiene a un hombre macilento. Debe estar en las últimas, tan arropado, con su sombrero, con sus gafas oscuras, con su cigarro encendido, con su toalla agarrándole el cuello. Mira al frente, inmóvil, sin un parpadeo. Bultos van cobrando forma. La habitación tiene—bajo la ventana—un piso de cemento sobre el que languidecen las candelas; una valla de palos parte el ámbito; al otro lado, un cristo yace en el suelo entre cerca de flores. Pegada a los barrotes una mesa con una jarra de agua y dos sillas: es todo el ajuar que alhaja el recinto. Los ojos empiezan a ver. No, no es un desahuciado a punto de cantar la quiticlera. Ahora se ve bien, la desconchadura de la oreja derecha nos denuncia al monigote. Como hombre, vestido de hombre, fumando como un hombre. Entre sus piernas, ya merito, se pone una mujer. (Estas gentes gustan mucho ponerse entre las piernas de sus santos: hay que verlas rezar al señor de Esquímulas: manoseando los muslos, el vientre, las rodillas de palo; sujetándose las sienes, tratando de meter su cabeza entre las canillas del cristo.) Otro chimán reza en idioma. Cuando acaban las preces, el emborlado bastón anuncia el fin del manoseo. Tata Simón tiene brazos articulados. Alzan uno de ellos y—tam—pesadamente cae sobre el penitente. (Sigue sonando un transistor.) Otras peticiones con mazorcas, botellas, incienso; otras oraciones; otra vara y otro tam. Hora a hora, día a día.

(Oiga, pero ¿este Simón es un santo, es un tata o un turista gringo? No, verás, es un santo particular. ¡Ab! Los pompiches, chumpes o pumpos, que de todas formas se llama a los pavos, picotean allá cerca de nosotros. Sí, también le damos de beber y en su fiesta, que cuadra por las Animas, le tocamos la marimba. Pues, sí, a lo que se ve lo hemos cogido en día de motorista. No, verás, es que cada día lo vestimos con un traje cuando se levanta. ¡Ab! Porque no piense V., que también lo acostamos por la tarde; ¡ab! y lo cuidamos los cofrades, eso sí, con mucho orden para que el cuido no se deteriore: un año, y luego otros cofrades. La gente quiere mucho a Tata Simón; hay años que recogemos

doce mil quetzales. ¡Ah! no, no se lo crea así: los repartimos a la Iglesia, a las otras cofradías más pobres, a las obras buenas del pueblo. ¡Ah! Tata Simón es un vecino generoso. Tata Simón se deja hacer lo que quieren. Tata Simón goza de prestigio. El señor general de división don Carlos Manuel Arana y Osorio—clarinazo de queda—quería ser presidente ¡ah!; el señor general vino a pedírselo a Tata Simón y el señor general llegó a primer mandatario de la República. ¡Ah! Si el padre de la patria cumplió su palabra de soldado. Tata Simón vistió uniforme del ejército—con entorchado y condecoraciones—durante largos meses. ¡Ah!)

Sobre los cerros que rodean el valle, las nubes ponen penachos de azúcar hilado. Las casitas se desperdigán—sabe, su merced... los terremotos, por eso son igualitas, de bloques y techumbre de cinc—. El urubú, gallinazo o zopilote empieza a volar en bandadas. Del mercado del pueblo comienza a subir una turba de indígenas. A la vera del camino abren sus bultos y colocan por orden cerezas, aguacates, habas secas, flores de calabaza, pescadillos salados. Suben también niñitas—qué almendras blancas sus ojos—aprendiendo a portear bultos en la cabeza: sus trenzas entreveran listones de colorines y collares de plata tintinean con las risas. El sol se ensombra y amaga la tormenta. (Zunil no está en un flamante diccionario de geonimias. Siempre pasa igual. Los libros traen lo que se sabe; de lo otro, dios te ampare. El dialectólogo echa mano de su ignorancia: tzun quiere decir con sombra; huit, cerro. A lo mejor no es así, pero sirve. ¿Y si fuera cerro con sombra? No hay tiempo para buscar el norte, pero para la ocasión vale: los nubarrones tienen agresiva fosquedad. Umbría, cerro con sombra.) Palmerales, ceibos, aguacateros, plataneros, tiemblan hostiles y agresivos. Nos protege la cantina de la buena esperanza y buscamos el cartel (taller de mecánica y herrería San José a un costado de la iglesia de zunil a sus órdenes) donde la camioneta llega. La india sigue tejiendo de rodillas y Tata Simón nos despide lánguidamente con las notas de Siboney en su transistor.

MANUEL ALVAR

Goya, 135
MADRID